





TÚ TE FIGURAS QUE ME VES,
PERO YO YA NO EXISTO
TRATADO DE AMOR UDRÍ



Juan José Coronado Fernández

TÚ TE FIGURAS QUE ME VES,
PERO YO YA NO EXISTO
TRATADO DE AMOR UDRÍ



Primera edición: diciembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan José Coronado Fernández

ISBN: 978-84-16824-84-7

ISBN digital: 978-84-16824-85-4

Depósito legal: M-32375-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*En homenaje:
a las novelas orientalistas francesas de finales del siglo XIX
a la mística española del siglo XVI
a Ansiàs March
al dulce stil novo
al franciscanismo
a la poesía persa del siglo XIII
a la poesía arábigo-andaluza
a la lírica provenzal, l'amour courtois, la fin'amor
a la lírica galaico-portuguesa y castellana
al amor udri
a Agustín de Hipona
al neoplatonismo
a Platón
al orfismo*





Mi alma se ha purificado de la oscuridad de la lascivia, mi anbelo se ha purgado de los deseos bajos, he derribado el bazar de los sentidos de mi cuerpo. El amor es la esencia de mi ser. El amor es fuego y yo soy leña que arde con su llama. El amor se ha mudado a mi interior y ha adornado la casa, y mi yo ha liado su hatillo y se ha ido. Tú te figuras que me ves, pero yo ya no existo; lo que queda es la amada.

NEZAMI GANJAWI



Mi último trabajo fue la participación en una U.T.E. franco-italo-turca para la realización de un proyecto urbanístico en Estambul (nosotros poníamos el capital y la parte turca aportaba los contactos necesarios).

Nuestro estudio tenía asignada la parte inicial del proyecto, menor en dificultad técnica en comparación con las siguientes fases, pero de suma complejidad en cuanto a las relaciones con los consocios, todos deseosos de volcar su experiencia en las partes más sustanciosas del pastel, con tensas disputas sobre prioridades de ejecución y trampas saduceas del equipo saliente al que lo relevaba, amén de odios perdurables hacia los ganadores por parte de quienes perdían el envite. Aunque al final no era un problema de tecnología, ni siquiera económico, sino de egos inflamados.

Una vez concluida la fase del diseño del proyecto, el paso siguiente fue contratar a los diferentes especialistas (ingenieros mecánicos, eléctricos, de estructuras, de fuego, civiles, arquitectos paisajistas, etc.) que lo llevarían a cabo. Para ello el proyecto salía a licitación «cerrada» entre las empresas más idóneas del sector (escarmentados por los experimentos con empresas bluff), para que se uniesen por tramos o bien presentasen un precio cerrado con una relación exhaustiva de los materiales que emplearían, a la manera de las licitaciones del Reino Unido, bastante más exigentes que las continentales. Valoraba por igual el precio a la baja y la calidad de los materiales y, no siendo un trabajo contratado directamente por la Administración, me permitía recabar explicaciones de las ofertas antes de la decisión final.

También me correspondía vigilar la correcta traducción de los documentos y ocuparme de limar asperezas. Tenía como oponente a Yilmaz Aslan, el yerno del seguidor turco: de tanto frecuentarnos llegamos a

desarrollar lo más parecido a una amistad entre personas que se vigilan y controlan. Cuando venía a París dejaba el séquito en el hotel y pernoctaba en mi apartamento. Pretendía que yo hiciese otro tanto en Estambul, pero la rapidez de mis visitas le dejaba quejoso.

—¿Para qué tanta celeridad? —se compadecía de nuestra manera de vivir —Ni una daifa, ni caballos que montar, solo trabajo y alguna manfa, no sano. Me he informado y no tienes barday, solo trabajar bien fuerte. No vivir, solo ganar dinero —hablaba un francés espléndido, pero le encantaba burlarse de nosotros.

A fuerza de insistir, tuve que prometerle que me instalaría en su palacete cuando viajásemos a comenzar la obra. Cumplí mi promesa y, a finales de abril, me alojé en su ciudadela de Marmara Cennet, en el mar de Mármara, a escasa distancia de los nueve islotes que forman Kizil Adalar, «Las Islas Rojas» o «Islas Príncipe», según la denominación más extendida.

No necesitábamos desplazarnos a Estambul, eran los ingenieros quienes se trasladaban en el período de primavera y verano al estudio; fuera de ellos, el acceso le estaba prohibido a otras embarcaciones. Nadie estaba en la isla sin trabajo, pues los que no lo hacían en tareas administrativas se ocupaban del mantenimiento del palacete y del cuidado del entorno. Pagaba sueldos honrosos a quienes, en otro tiempo, habrían sido siervos de su fundo y, siendo el terreno propio, alojaba gratuitamente a sus habitantes en pequeñas y agradables casitas a la turca, de fachadas pintadas con almagro y geranios trepadores en sus ventanas. Había construido una escuela para los más pequeños y pagaba estudios universitarios a los más destacados. Su sueño era conseguir tener en la isla, en un futuro no lejano, un estudio permanente con ingenieros nacidos en ella.

Todo el mundo en Marmara Cennet estaba a su disposición.

Contar los refinamientos que me dispensó supondría volver a las novelas orientalistas de finales del XIX. Sin gran esfuerzo ni perspicacia se podía percibir en casa de Yilmaz la diferencia de cultura entre un mundo feudal y otro democrático. No hablo de lujos, sino de manera de vivir. La vida plena solo es posible en Oriente y en ella incluyo la misericordia, la amistad y la compasión, pero es un fenómeno reservado a muy pocos; la vida occidental se rige por la justicia y la igualdad de derechos, pero

es chata y fea, como si el aumento en el número implicara por fuerza la mengua en la calidad. En el mundo oriental lo zafio se extirpa, o se le deja fuera de palacio; en el occidental se convive con ello y, en aras del mercado, llega a tomar primacía, se convierte en consumo.

No hago una opción de vida, me limito a observar. Ya en su palacete, Yilmaz puso a mi disposición un ala del estudio y trasladó a mi servicio a un grupo de secretarías y técnicas, «tu pequeño harén», dijo, urgiéndome a que nombrase cuanto antes una favorita.

—Lo normal —me dijo— es que tengas una o tres, nunca dos, y que ellas impongan disciplina a las restantes. Pon las más graciosas en último rango, pues serán las que te cansen antes; al mismo nivel que las *halaik*, coloca a las bailarinas y, sobre las bayaderas, a las más sensatas y equilibradas (*kalfas*), que serán las que te procuren bienestar y armonía doméstica. Búscate narradoras de historias que llenen tus momentos de ocio y, de entre ellas, escoge a la favorita. Recuerda bien: una o tres, nunca par. Si me dejas aconsejarte, excluye a la que te fascine porque entonces serás tú su esclavo, y busca entre las hermosas quien merezca ser tu *daija*. No aceptes ni a las discutidoras ni a las embaucadoras ni a liantas ni chismosas ni a las que te expongan su opinión ni a las que no la tengan. Ha de ser fuerte y orgullosa, pero jamás soberbia. Advierte cómo obran entre ellas y elige en consecuencia.

—Solo voy a estar ocho meses.

—Podrás con todas. Esto también: no dejes que se amohínen por descuidarlas. Podrían envenenarte.

Antes de marcharse se volvió a excusar por su escasa fortuna que, según dijo, solo le permitía poner siete muchachas a mi servicio. En realidad, era yo el que quedaba a merced de su chanza, rodeado de jovencitas universitarias concedoras del mundo occidental a las que la liberación democrática de Atatürk les había hecho dar un paso gigantesco, pero no las había redimido en plenitud de su condición femenina. En los descansos buscaban incansablemente que les contara cosas de París, pero también embromar al huésped siguiendo las órdenes de Yilmaz. Decidido a seguirles la corriente les agradecí su disposición para hacerme feliz, pero también les hice saber que una gran pena me afligía desde que el canónigo Fulberto me castró por haber poseído a su sobrina Eloísa.

—Ohhh —dijeron todas.

—Nunca hubo en mi ánimo afán de estupro ni violencia contra su persona. Era tan bella como la más hermosa de las huríes que aguardan a los guerreros en el paraíso de Alá. Su cuerpo era transparente y blanco bajo siete pliegos de seda, sus ojos verdes, su cabellera rubia, digna de un Omeya; a pesar de los pocos años que nos separaban, apenas veintidós, me reconocía como su maestro y guía espiritual.

—¿Qué es canónigo? —preguntó una danzarina, porque no paraba quieta.

—Es un imam que dirige la mezquita y que entre sus funciones tiene la de dirigir la plegaria. Fulberto tenía esta dignidad y era también la mía, aunque de rango inferior. Habíame dejado a su sobrina para que la instruyera, pero el demonio *Ascicipaksa* se introdujo en nosotros y propició nuestros amores. Jamás hubo entendimiento más grande entre maestro y discípula: nos buscábamos en cada respuesta, éramos acordes en todo, hasta el punto de plantearnos huir y fundar entre ambos una escuela filosófica. De ese entendimiento mutuo nació Astrolabio, y el canónigo, irritado, compró a unos sicarios para que me castraran.

—Ohhh —dijeron todas, otra vez.

—Mas la razón de su inquina era otra. Como a Cristo, los imanes que acompañaron a Mahoma fueron también doce, y a ellos les correspondía descifrar el *yafr* esotérico que reside en el *batin*, la parte oculta de nuestro libro sagrado. En nuestra religión hay también unos *safires* a los que llamamos teólogos, que se encargan de transmitir a los fieles las enseñanzas del imam oculto que es para nosotros el Cuerpo Místico de Cristo, y cuya palabra infalible se encarna en un *bab* que reside en Roma; luego hay muchas jerarquías, hasta llegar a los canónigos y subdiáconos. Pues bien: Fulberto era un *gulat* fundamentalista nusairí que no aceptaba mis ideas de que la palabra de Alá también puede ser entendida desde la razón y no solo por el terror; primero contrató a unos cómplices *assasíyyin* para que me emascularan, luego quemó mis obras en Soisson.

—¡Muera Fulberto; abajo el fundamentalismo ismailí! —gritaron las concienciadas.

«Tate» me dije, recordando las enseñanzas de Yilmaz, «estas son de las que opinan».

—Pero conseguí escapar y hui de su locura. Vagué sin rumbo y me refugié en Verona, donde tenía familia, pero la ciudad era azotada por una

guerra de religión en la que los fundamentalistas güelfos degollaban a los gibelinos. Años antes, en Florencia, un Buondelmonte había ultrajado a Odon Arrighi; su familia, en represalia, pagó a unos sicarios y consiguió darle muerte; para mi desventura, los Montescos eran descendientes de Buondelmonte y se vengaron dando muerte a otro vástago de la familia contraria... pero ¡ah! ¿Qué estoy contando? ¿Cómo puedo poner en mis labios aquellos episodios sin que las lágrimas surjan raudas de mis ojos y aneguen mis mejillas con el dolor de su pérdida? Dejadme contaros que había vuelto a ver a Eloísa, ahora con el nombre de Julieta, refugiada como yo, pero en la familia contraria; y que tras la muerte de su primo a mis manos ya no quiso llevar adelante ese proyecto ni tener una descendencia que sería maldecida.

—¿Pero no os habían castrado? —preguntó la misma listilla de antes.

—Lo intentaron, lo intentaron, pero ya os he contado que logré huir. De nuevo perseguido, tomé el nombre de Diego Marsilla y me dirigí a España, donde Eloísa moraba como Isabel de Segura en casa de una familia de Aragón, antiguo reino. Era su padrastro un hombre zafio que me puso como condición la necesidad de una dote para desposar a su hija. Yo no tenía fortuna; me afané durante años en conseguirla, pero a mi vuelta ya la había casado con otro. Una noche me introduje en su dormitorio y le pedí que me besara pues de lo contrario podría morir de la pena, pero ella no quiso serle infiel a su marido y no me besó; yo caí muerto y ella también, al poco, cuando en mi funeral se acercó a darme el beso que le había pedido, el dolor pudo con ella. Pero no me interrumpáis, pues antes de exhalar el suspiro postrero mi alma se demoró en el cuerpo y me permitió seguir con vida, aunque sin Isabel y sin fortuna.

—¡Pobre!

—Pobre y sin mi amada, dirigí mis pasos hacia donde la fortuna quisiera llevarme. Hice de todo en aquellos años: vagué por pueblos y villas acogiéndome a los hospicios de caridad, trabajé de herrero y de trujimán (lo que vosotras llamáis *tercimán*), llevé los campos de otros señores... Harto de tumbos, encaminé mis pasos a Inglaterra y me coloqué de jardinero con Lord Clifford Chatterley, cuya esposa Constance guardaba un asombroso parecido físico con Eloísa. Sucedió entonces que el demonio *Brufeler*, el que protege los amores ilícitos, se apiadó de

mi desgracia, entré en el corazón de lady Constance y le hizo desear un hijo. Su marido no podía y yo era, tras años de trabajos físicos, un hombre potente y duro.

—¡No está castrado, no está castrado! —se alegraron todas.

—No en cuanto a mis atributos viriles, pero sí en el alma. El terrible epílogo a mis amores me creó un vacío tan grande que nunca más he conocido mujer y quiero mantenerme igual, siendo fiel a su recuerdo.

La velada llegó a su término y todas se dirigieron entre risas a la motora que las devolvía a Estambul. En el siguiente encuentro me instaron a desdecirme de la promesa, pero yo les dije:

—Una cruel maldición pesa desde entonces en mi vida. Por haber hecho mal uso de la hospitalidad que lord Clifford me brindaba, mi pene se ha vuelto escamoso y áspero, apto para enloquecer a la mujer más exigente y experta, sí, pero mi semen ha quedado estéril y tan gélido que vuelve inhóspitas las vaginas que riega.

—Pero, ¿eres eunuco? —volvieron a interesarse por mi salud genital.

—Mucho peor, amigas mías; soy un muerto que anda.

—Ohhh — se estremecieron todas.

Cuando supe que mi hermosa dama se había quitado la vida, harta de tanta agitación, pedí al demonio de los infiernos que me permitiera bajar en su búsqueda. Para seducirle escribí hermosas canciones que hablaban de su recuerdo y el demonio se apiadó y me permitió ir a su encuentro, con la única condición de que no la mirase hasta salir de su morada. Mientras ascendía a la tierra quise saber si seguía tan bella como en mis versos la pintaba, pero al girarme y mirarla su espectro se desvaneció sin que nadie haya sabido ya más de ella, salvo por mis poemas. Algunos maledicentes se ensañaron con mi desgracia, afirmando que había valorado más mi fama que su presencia y que mi girar no fue fortuito sino premeditado: les dejo que se pudran en su envidia. Pero desde entonces yo no puedo amar, por la terrible maldición que me echó aquel demonio.

Un nuevo «Ohhh» de espanto agitó a mi concurrencia. Con el alma afligida, proseguí la narración completa de mis cuitas:

—Aquel demonio infernal también quiso vengarse. Por ángeles protectores he llegado a saber que sería amado hasta la muerte por mujeres tracias que, despechadas al ver incólume mi amor por la difunta, me despedazarían; mas también hallaría la muerte si consintiere en gozar de al-

guna de ellas, pues todas me querrían para su disfrute único y no tolerarían compartirme con otras: en ambas situaciones soy hombre muerto... Pero, ¿qué es esto? Por Alá, ¿dónde me hallo?, «En Estambul», dijeron todas. ¿Y no son Kanakhale, Estambul, Edirne, Klirklareli y Tekirdag las cinco provincias que componen la mítica Trekia? ¡Oh, dios del Averno, cómo has sabido engañarme para buscar mi muerte a manos de estas huríes!

Las siete doncellas se levantaron y todas a una prometieron no tocar ni un pelo de mi cuerpo, ni siquiera con la mirada. Les pedí que me dejaran reposar y todas se retiraron, obedientes y muertas de risa.

A la tarde siguiente les desvelé una parte de mi secreto:

—Por dos veces he estado a punto de morir. Una noche yacía con una bella joven y el sueño me invadió. Vi mi cuerpo lacerado y sangrante, y a mi amada llorando sobre él; eran sus lágrimas rosas blancas, y donde mi sangre caía crecían anémonas rojas. Desperté, y vi a la joven con una cimitarra a punto de descuartizarme. En otra ocasión...



Al final del primer mes de estancia hubo una fiesta en nuestro honor en la que Yilmaz nos presentó a su esposa. La noticia de mis relatos había llegado a los aposentos privados de palacio, a tenor de las miradas de curiosidad que me dirigían algunos de los asistentes.

Antes de ser presentados, Leila se me acercó, sonriente, y me susurró: «cuénteme una historia de amor». Le pedí que no se burlara, pero me dijo muy seria que no lo hacía:

—Tráigame algunos libros de amor que hablen de nosotros, los turcos. Podrá entrar con total libertad en mis aposentos si viene acompañado de Özgür —me señalaba un armario mudo y sordo que le hacía de escolta.

Pensé que estaba siendo objeto de alguna broma, pero Leila volvió a sonreírme y se dirigió hacia los demás invitados, con los que departió durante el resto de la velada. Cuando se retiraba de la fiesta volvió a buscarme y me reiteró su deseo de leer alguna de esas historias de amor con las que había embelesado a mis empleadas, pero sobre todo de escuchármelas narrar.

A la mañana siguiente me dirigí al *Institut Français* y tomé algunos libros de su biblioteca. No necesité de Özgür para ponerme en contacto con ella, fue la propia Leila quien, al verme descender de la motora, se dirigió al embarcadero y comenzó a ojear los libros:

—Este relato fue escrito por un español que luchó contra ustedes en Lepanto, que estuvo preso de piratas argelinos y que, sin embargo, habla maravillas de sus aprehensores. Se llama «El amante liberal» y narra la historia de dos cristianos, Ricardo y Leonisa, en Estambul. Y este otro es un «Viaje a Turquía» que hiciera un tal Villalón.

—Pero franceses... yo solo hablo francés.

—Aquí los tiene: «*L'écumoire*», «*À la feuille de rose, maison turque*», «*Le sultan Mapuf et la princesse Grisemina*».

Me los volvió a entregar y caminamos juntos hasta la entrada de la casa donde Özgür, ceremonioso, los tomó como si de un bebé se tratara y los trasladó a sus aposentos. Me dijo que estaba segura de que le iban a agradar y que, de no ser muy enojoso para mí dado el escaso tiempo libre que mi trabajo me dejaba, estaría feliz de oírme narrar a viva voz alguna de esas historias. Me puse a su disposición y, tras alguna frase más, volvió a sonreírme y se despidió de mí.

Mientras me alejaba de camino al estudio repasé la lista de los libros prestados y me espanté. En una arriesgada *bontade*, cuyas consecuencias no había calibrado bien hasta ese momento, había decidido iniciar a Leila en los juegos y engaños del amor a través de estas novelas libertinas, sin recordar el país en que me hallaba y mi condición de huésped. Pero al cabo de unos días, cuando ya me mesaba los cabellos por mi temeridad, Leila me devolvió los libros, ya leídos, pidiéndome que le hiciese llegar más historias de enamorados infieles y de damas nobles que tienen delicados caprichos de una noche. Le prometí que cumpliría sus deseos, aunque decidí que sería más atinado abandonar la literatura libertina y hacer nuestro viaje literario por las aguas exóticas del orientalismo, más apasionado quizá, pero menos peligroso. O eso creía.

En la siguiente entrega escogí *Salammô* y el poemario *Les Orientales* de Víctor Hugo, pero sobre la marcha pensé que no era aún momento de leer poesía y lo sustituí por *Un Voyage en Orient*, de Gérard de Nerval; después deseché *Salammô* y me incliné por otro Flaubert, de título idéntico al de Nerval. Cinco días después, Özgür me entregó una nota en la que su señora me solicitaba aclaración a ciertas diferencias entre la concepción de la mujer en ambos autores que, en su opinión, era en Nerval la de un hombre que busca en Oriente a la mujer ingenua que lo libere de la represión occidental y lo devuelva a la inocencia del amor; en tanto que Flaubert, para su decepción lectora, era más bien la de un cínico, crápula y frecuentador enfermizo de prostíbulos. A continuación se disculpó, como también era costumbre en ella, por si su pregunta carecía de fundamento debido a su mucha ignorancia y solo me había hecho perder el tiempo con su *non sens*. Yılmaz leyó por encima de mi hombro el comentario de Leila y me recriminó, muerto de risa, que le enseñara esas ideas a su esposa, pre-

guntándose también de dónde habría sacado Leila ese vocabulario tan de los bajos fondos: «Del contacto con la realidad que tiene a su lado», le repliqué, y tapé con mi cuerpo la respuesta como un alumno empollón en un examen, lo que le provocó un nuevo ataque de risa.

Le escribí al dorso de la nota que su pregunta me había hecho reflexionar, pues hasta entonces no había reparado en esta similitud; al tiempo le pedí que no se disculpara por consultarme, ya que sus preguntas no eran fruto de la ignorancia sino de la duda fecunda, algo que me gustaría encontrar en los miembros de mi profesión, tan acostumbrados a tomar como un axioma de fe todo lo que salía de nuestra boca o del cartabón:

—¿Que un puente se hunde? —le dije unos días después, mientras paseábamos desde las oficinas al embarcadero—Eso es que el terreno no cumplía con el análisis geológico aportado (el terreno, advierta lo que le digo, no las pruebas realizadas). ¿Que no conviene hacer pasar una vía de tren rápido por debajo de una catedral? El ingeniero la mirará, desdeñoso, y le dirá que jamás, JAMÁS, las vibraciones pondrán en peligro el monumento; pero si al poco comienzan a aparecer grietas, tenga por seguro que la culpa será de la maldita catedral, que no ha sabido entender que los cálculos eran correctos ni comportarse como correspondía. Pero lo más grave es cuando opinamos de algo distinto a nuestra profesión y seguimos comportándonos con la misma autosuficiencia: padecemos la barbarie del especialista, que lo enfoca todo únicamente desde el mundo que domina.

Leila se rió y me preguntó, vacilando mientras buscaba la palabra apropiada, si Yilmaz obraba igual.

—No —le contesté—. Yilmaz es, sobre todo, alguien a quien admiro y del que cada día aprendo algo nuevo, se lo digo con total sinceridad. Puede vilipendiarle si quiere, pero siempre me tendrá dispuesto a defenderlo de las perfidias de su esposa —Leila cabeceó, divertida, mientras sacaba de su cartera *Le roman de la momie*, de Gautier. Me confesó que le había fascinado y volvió a preguntarme si en realidad su esposo no era demasiado arrogante.

—Es ingeniero, ya se lo he dicho.

—Pero usted es muy diferente a él, no habla con tanta seguridad.

—Será porque sé muy poco de casi nada, y con el titubeo gano tiempo antes de contestar para no meter la pata —Leila me dijo que le en-

cantaba mi forma de ser, tan reflexiva, igual que la osadía de Yilmaz la tranquilizaba y la hacía sentirse segura.

—Tengo conmigo a los dos mejores ingenieros del mundo —concluyó, mientras me apretaba la mano en señal de amistad. Después me preguntó para cuándo dejaba el análisis de alguna de mis novelas, lo que nos produjo un ataque de risa porque, me confesó, de todas las que había leído desde los catorce años, eran estas las que más le habían emocionado, especialmente *Aziyadé*, con la que se identificaba.

—¿A pesar del paternalismo con que la trato? —le pregunté.

—No se lo tomo a mal, es fruto de la época y de su visión tan protectora hacia nosotras; pero se ve claramente que usted me amaba y que mi pérdida le causó una profunda conmoción, hasta el punto de alistarse en nuestro ejército y dar su vida por nuestra patria.

—Sí, de aquella muerte aún no me he rehecho. Puede usted imaginarse la cantidad de bromas que tuve que soportar durante mis estudios llamándome Julien Viaud, aunque también tuvo sus ventajas: cuando alguna condiscípula me preguntaba si yo tenía algo que ver con Pierre Loti, le contestaba con desgaire que era bisnieto directo y pasaba a otro asunto: más de un beso, se lo aseguro, se lo debo a él.

Leila se rió y me agradeció que le hubiese aclarado que no había parentesco alguno con su escritor bien amado, porque así ya no habría lugar a ningún escarceo sabiendo que yo era un impostor. Le propuse entonces que en nuestro próximo encuentro trajera ya leído un fragmento de la novela para discutirlo, pero Leila me dijo que volvería a releerla esa misma noche, pues se la conocía de memoria. Me volvió a agradecer los libros elegidos, pero le quedaba una duda que al fin me expuso:

—¿Y no me contará historias de amor?

—No sé si debo —bromeé—. Relea *Le canapé couleur de feu* y verá los riesgos que se corren al narrar historias amorosas. Hasta los sofás oyen, y después cuentan lo que han visto.

—¿Es eso lo que teme? Pero una historia de amor... Venga a darme clases de francés. A mi marido le parecerá bien.

Como me temía, a Yılmaz la petición de su esposa le pareció acertada. Me dijo:

—Seguramente querrá que le cuentes esas historias de amor de las que ha oído hablar. Hazme el favor, Julien, por nuestra amistad, pierde un poco de tu tiempo con esas tonterías. Mi pobre esposa se aburre tanto y yo estoy tan ocupado...

Obtenido el permiso, solo quedaba encontrar un hueco en mis actividades. Salíamos a pasear por el Bósforo al atardecer, concluida mi jornada de despacho. Özgür cogía una motora y nos llevaba a una pequeña cala desde la que se divisaban ambos continentes. Había en el islote una pequeña cabaña en la que nos refugiábamos si el viento arreciaba y nos salpicaba con la espuma de las olas, pero lo habitual era sentarnos sobre un peñasco plano orientado hacia los últimos rayos de sol o semitumbarnos en una manta tendida sobre la húmeda grava y, mientras picoteábamos algunas de las delicias que nos había preparado Örgüz, yo le iba contando a su señora, en francés, historias de nuestra literatura occidental. Le agradaron sobremanera *Le diable boiteux* y el *Gil Blas de Santillane*, de Lessage, y ante su entusiasmo por esta literatura yo le procuré una traducción francesa del *Lazarillo de Tormes* y de *La Celestina*:

—Ese lazarillo me recuerda tanto a un pícaro de nuestra tradición, Abul Qasim de Bagdad. Pero hábleme de usted —me interrumpió en mitad de una historia.

Dibujó en la arena mi inicial y yo improvisé un caligrama en forma de flor, un dibujo no muy atinado, jugando con las letras de mi nombre en francés y con el suyo en árabe (Leila significa noche).

—Me pide que le hable de mí, solitario que persigue una estrella con el pertrecho de un anzuelo mísero. Luna menguante soy al sol de su mi-



rada, ciervo que berrea en la noche de su melancolía. Amada, amada *Leila*, placentera noche: no hay palabra más bella que su nombre.

«*Leila aimée, nuit joyeuse: il n'y a pas de mot plus beau qui votre nom*», iba susurrándole. Le complació este juego deleitoso y me correspondió traduciendo con deliciosa torpeza algunos versos de *El collar de la paloma* (*Lo besé, queriendo aliviarme; pero la sequedad de mi corazón no hizo sino crecer. Son mis entrañas como seco herbazal donde alguien arrojó un tizón ardiendo*). Era evidente que los había aprendido de memoria y sin conocer su sentido, como una fase más de la iniciación udrí; en su boca, además, la incorrecta versificación de las palabras daba a los versos un sentido nuevo y fuertemente erotizante. Le pedí que los siguiese traduciendo; en su esfuerzo de encontrar las palabras en francés, consciente ahora de su sentido, se sonrojó. Complaciéndome en su aturdimiento, abrí el libro de Ronsard que le había traído y, tras ilustrarla sobre lo que el soneto *À Hélène* suponía para nuestras letras, le subrayé los dos versos finales: «*Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain: Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie*». Leila sonrió y con su lapicero de oro cambió el nombre de Ronsard por el mío: «*Julien me célébrait du temps que j'étais belle*»... y volvió a enrojecer. Luego, ya superada su confusión, pasamos a la confidencia:

—He sido educada en la tradición udrí. Nuestros pensadores se inspiraron en el divino Platón pero, a diferencia de su doctrina, no piensan que seamos esferas partidas sino que todos procedemos de una misma alma, de la que somos parte. En nuestro mundo creado las cosas se atraen o se repelen debido a la afinidad o repulsión que hay entre ellas, según la mutua relación que sus potencias tuvieron en la morada de su Creador, porque el amor es algo que radica en la misma esencia del alma y por eso el amor no es la atracción de dos cuerpos para complementarse, sino la fusión de sus almas, predestinadas desde toda la eternidad. El cuerpo es el vehículo, pero es el amor quien lo guía, y cuando amado y amante se abrazan no son sus cuerpos los que gozan, sino sus espíritus los que se reunifican. Pero si del abrazo solo se obtiene la satisfacción del deseo físico, las almas se ofuscan sin haberse encontrado y al final solo hay dos extraños, ridículamente desnudos, mirándose atónitos sin saber quién es el otro, ni tampoco quién es él.

Iba a realizar una precisión, pero Leila modificó su postura y se acurrucó contra mi pecho inundándome de ella hasta hacerme olvidar lo que iba a decir. Pero me quedaba una duda:



—¿No se ha planteado que su amor udri podría ser en realidad un amor adolescente en el que no prima tanto la otra persona como la sensación de cosquilleo y burbujitas que produce? Creo que usted sabe, como yo, que los adolescentes están enamorados del amor.

—Sí, ya le entiendo, pero no es mi caso. Cuando comencé a salir con Yilmaz me ilusioné perdidamente, pero ni por un instante pensé que él podría ser mi otra mitad ni que sus potencias y las mías estuvieran predestinadas a encontrarse. Lo acepté como persona gentil con la que podría formar una familia y vivir en armonía, pero teniendo muy claro que ese amor por el que suspiro y que es simplemente el encuentro con las potencias de aquel otro para el que estoy predestinada podrá aparecer en cualquier momento o demorarse hasta la otra vida. *«El verdadero amor no nace en una hora, ni da fuego su pedernal siempre que quieres; es difícil de encender y es difícil de apagar»* (Ibn Hazm). Cuando aparezca lo reconoceré en seguida. Pero desde luego no es Yilmaz, aunque lo estimo y respeto.

Le pregunté entonces si el amado sabrá también que esta es la persona a la que está predestinada, o vagará errante buscando su afinidad. Me dijo que la reciprocidad es deseable pues, como dicen sus místicos, *«El que ama muere para sí, pero si no es amado, si no vive en el ser amado, muere dos veces»*, pero que no es condición necesaria, pues el amado puede carecer de esa iluminación que le permita ver a su alma gemela y entonces vagará sin encontrarla, mientras que su amante, aunque no reciba correspondencia, se habrá llenado tanto del amor que siente por él que no necesitará más, puesto que lo habita. En cuanto a la exclusividad, que es otra de las características del amor, la filosofía udri es extremada: se ama una sola vez y de por vida.

—¿Y si el amante se engaña?, ¿y si cree que ha encontrado al amado en otra persona distinta de la predestinada?

—Pues en seguida se dará cuenta de su error, que será irremediable. Por eso no hay que hacer caso de los sentidos y estar solo atentos a lo que nos dicte el alma.

—Y si ya habita con la persona equivocada, ¿no debería, entonces, romper su compromiso? —Leila se rió.

—Me está preguntando usted si yo acepto el divorcio y le diré que sí, porque así figura en las leyes civiles; pero aquí estamos hablando de amor, que nada tiene que ver con la convivencia: el hombre o la mujer



udrí debe amar con un amor puro y casto y por toda su vida a la persona cuyas potencias del alma sean afines a las suyas, con independencia de las circunstancias en que se encuentren, porque de lo contrario haría traición a su propia alma. Pero debe comportarse amistosamente con el hombre con el que se ha casado y este con ella, quererse como amigos, tener hijos y educarlos rectamente, precisamente porque si vive en el amor llenará de amor lo que le rodea.

—¿Y la sexualidad? ¿Deben los que se aman abstenerse de ella?

—Así sucedía en la época más pura de nuestro movimiento, cuando la tribu *bano udra* estuvo a punto de desaparecer por ese rechazo al acto físico. Al-Mutanabbi dijo: «*De cuánta mujer bella, de dientes brillantes y labios de miel, aparté mi boca y tuvo que besarme en la frente! ¡Cuántos cuellos de gacela, bellos como el tuyo, se alargaron hacia mí, y yo no miraba siquiera si tenían collares o estaban desnudos!*»; e Ibn Faray: «*Aunque estaba pronta a entregarse me abstuve de ella y no obedecí a la tentación*»; o Jamil de Butayna: «*Me conformo con decir no, no puedo; me conformo con los deseos y la esperanza anhelada del desesperado*». Porque ya lo señala al-Wassa: «*El amor es así: si se consume, se corrompe*». Pero nosotras no somos udries, sino educadas en su tradición amorosa; en consecuencia, aceptamos las caricias y tocar nuestros cuerpos de una manera casta como testimonio de nuestro afecto al amado o a nuestro esposo, pero teniendo bien claro que el cuerpo es tan deleitoso como embaucador. Porque la sensualidad ha de estar unida a la ternura, el respeto, la fidelidad... Sí, yo podría estar abrazada, desnuda con el hombre que amase, fusionada con él castamente y sin deseos físicos, sin lo que ustedes llaman «orgasmo» y que es simplemente una explosión hacia afuera, una distracción; solo nuestros dos cuerpos reunificados en nuestra única alma, pues sus potencias son afines desde otra vida. Algún día le contaré la historia de Layla y Machnún; esta vez seré yo quien le inicie en el camino del auténtico amor.

Entonces me recitó un fragmento:

—«*Mi alma se ha purificado de la oscuridad de la lascivia, mi anhelo se ha purgado de los deseos bajos, he derribado el bazar de los sentidos de mi cuerpo. El amor es la esencia de mi ser. El amor es fuego y yo soy leña que arde con su llama. El amor se ha mudado a mi interior y ha adornado la casa, y mi yo ha liado su batillo y se ha ido. Tú te figuras que me ves, pero yo ya no existo; lo que queda es la amada*» (Nezami Ganjawi).



Me quedé mirándola y se rió, agitando las manos a modo de disculpa por esta teoría filosófica que en su entusiasmo había ocupado el lugar de los verbos y de las estructuras gramaticales. Yo me limité a sonreír, acariciándole el cabello y animándola a que prosiguiera y ella, aunque ruborizada tras un momento de indecisión continuó explicándome:

—El amor físico es solo copia del amor divino, según nos cuentan nuestros poetas, que señalan los riesgos de quedar presos de la carne si no nos elevamos a Alá. Pero no es como la castidad de la que hablan ustedes, los cristianos: la suya es negación del cuerpo, la nuestra es la contención del deseo para una ocasión mejor. Ustedes desean desear, van de un cuerpo a otro sin saciarse, sin encontrarse, lo quieren todo, pero no así, no de este modo, siempre más, siempre distinto, sin calmarse, sin contentarse, y cuando no pueden con tanta desazón abogan por la renuncia. Nosotros, en cambio, contenemos el deseo desde el principio para acrecentarlo al máximo. Cada una de nosotras lleva en su pecho el nombre de aquel elegido por Alá con el que nuestra alma está unida y que nos gozará en el Paraíso mil veces por cada ayuno que haya hecho. Espero que haya ayunado mucho, y que su nombre no sea Yılmaz.

Me sorprendió su franqueza, pero me abstuve de hacer un comentario. Le tendí mi copa y besó su borde, sin probar el contenido: el vino junto a su boca semejava un crepúsculo amaneciendo sobre la rosada aurora. Comenzaba a oscurecer; alzó su cuerpo y para mí fue una luminosa estrella de la que yo habría sido dichoso con ser uno solo de sus halos.

—Siempre he querido tener un amigo que me hablara de amor —me dijo al despedirnos—. Se lo suplico, escíbame un poema.

Así se lo prometí.

